

invierno. Cuando nació Aurelia todo empeoró. Matilde despedía saña por los poros, se le había consumido hasta el menor vestigio de leche, de todas maneras se hubiera negado a amamantarla. Lloraba día y noche en la cama junto a Alvaro, pasaba períodos de calma en los que murmuraba frases demenciales como cuando decía que ella era la única mujer en el mundo que tenía en el vientre sólo molde para hacer hijas mujeres. Alvaro murió a principios de junio, después del entierro nadie se sacó el luto por tres años.

Apenas quedó viuda, Matilde perdió el sueño, la desveló por años la idea de que se había casado en vano, y cuanto más se desesperaba más sabía que nada tenía arreglo, que lo mejor era resignarse porque de lo contrario entraba en un laberinto del que sólo saldría para irse a morir. Maldecía no haber esperado más tiempo y casarse con un hombre sano que quizá le hubiera hecho un hijo varón en los primeros meses de su matrimonio. Cuando se sorprendía pensando en eso lo borraba de su cabeza porque a la noche, en la mancha de humedad, se aparecían Alvaro y su padre que milagrosamente le leían el pensamiento. Entonces por voluntad, quizá para aplacar su remordimiento se enquistó. Salía de la habitación a la medianoche cuando el resto estaba durmiendo para robar comida en la cocina e ir al baño. Un día Lucero le pidió a Celina que pegara la oreja en la puerta de la habitación a ver qué escuchaba. Celina obedeció.

—Está rezando —dijo—.

Y rezó durante siete años sin parar.

En ese período se la vio muy pocas veces andando por la casa y además la estructura de la casa la favorecía. Fue un tiempo negro en que abrir las ventanas y las puertas resultaba inútil, la oscuridad era inmune a todo, la noche se había alojado en la casa como un parásito. Las ventanas y las puertas que antes, al abrirlas, dejaban ver la galaxia completa, que antes, se las mirara desde donde se las mirara siempre parecían mirarse desde abajo, ahora no dejaban pasar un grano de luz. El día se negaba a entrar, la noche salía de las paredes como si, cuando las construyeron, entre cada ladrillo hubieran quedado atrapadas larvas de oscuridad. A Matilde la beneficiaba todo eso, así podía mimetizarse, pasar desapercibida. Había empezado a tomar el color del interior de la casa, el del techo, el de las paredes, el de las baldosas del piso. Podía deslizarse, andar a gatas o en último caso quedarse inmóvil y ser confundida con el aire negro.

El primer tiempo Matilde se alimentaba por instinto de conservación. No tenía alternativa; la muerte no solucionaba nada, al contrario, la aterraba pensar en Alvaro y en su padre, en encontrarlos en la muerte sin haber cumplido la promesa, expulsada para siempre de la familia, de los vivos y de los muertos, del cielo y del infierno. Una noche se preguntó si la muerte sería un solo lugar, una habitación, una ciudad, o un desierto con distancias siderales donde poder ocultarse de su padre, si sería abierto o cerrado como una burbuja, y se vio condenada a huir en círculo por los siglos de los siglos. Entonces volvió a dormirse aunque sabía que el sueño no era más que un refugio temporal porque en esta tierra no existían las eternidades y porque el corazón que ahora se oía como en el fondo del río, simulador de continuidad, estaría alguna vez en silencio de muerte. Así fue como empezó a rezar oraciones inconclusas, rezaba en todo momento, dormida o despierta, cuando se acordaba de volver de otros lugares de la memoria, cuando pensaba en el padre de ojos sobrenaturales, en su madre que siempre

había soñado con desenterrar vestidos de alambre y festones de papel, y girasoles que nunca nadie vio porque crecieron hacia abajo. Rezando se acordó de un muñeca sin piernas que ella vestía con ropa larguísima para ocultarle el defecto y de las tumbas de los juguetes, porque cuando supo que ya era mujer sembró el patio de tumbas de juguetes. Rezando, había dejado de pensar en el cuerpo de Alvaro, en la oscuridad de su castillo, en cuál de sus partes estaría podrida y cuál aún no. Había dejado de pensar en las frías calles del cementerio porque lo veía a diario en la nubosidad descolada e inquieta de la mancha de humedad.

Matilde pasó años sin mirarse en el espejo y cuando lo hizo, una noche, sentada en su cama, estuvo a punto de gritar, ella que se había creído arruinada por la soledad estaba insoportablemente hermosa. Seguía desperdiciándose, tuvo miedo de ser vista en su vejez por aquel hombre tan esperado, ser vista demasiado tarde y no poder vencerlo de que ese esperpento vestido fue la mujer más hermosa del pueblo. Entonces pensaba que era mejor no conocerlo nunca, aunque a veces se le cruzaba la idea de que él había vivido muchos siglos antes o que aún estaba por nacer.

Lucero amamantaba a su muñeca en el sillón del recibidor. Había abierto la puerta del patio de par en par para sorprender a la noche llegando, lo venía haciendo desde siempre, desde que descubrió las Tres Marías y la Cruz del Sur, clavaba los ojos en el cielo en busca de estrellas fugaces y así se pasaba las horas, lejos de la tierra. Sólo quería ver alguna por lo menos una vez en su vida, si bien sabía que cuando pasa una estrella fugaz significaba que alguien va a morir. De pronto se quedó quieta, sintió un aliento helado en la espalda, reconoció la voz de su madre después de haber reconocido sus silencios durante seis largos años. Matilde estaba retorciéndose, sostenida por la puerta de la habitación como una luna menguante. Lucero sin ningún pudor, igual que si hubiese estado con ella un rato antes, se olvidó del cielo, se olvidó de la muñeca y sus once años y la llevó hasta la cama como quien carga con un animal muerto. No se dio cuenta pero cuando entró, la habitación se contrajo, supo de la intromisión de un cuerpo desconocido. Matilde desde la cama le sonrió a Lucero como si se hubiera vuelto loca y le dijo:

—Salí a la calle, andá hasta la esquina y golpeá en una puerta grande de madera, decile a Angela que venga pronto, que voy a tener un hijo.

Cuando se estaba por ir, Matilde la tiró de un brazo:

—Fue tu padre que me oyó.

Lucero salió corriendo a la calle y cuando volvió a entrar acompañada de Angela la partera, vieron a Matilde desde lejos tirada panza arriba riendo de dolor. Decía que Alvaro desde la muerte la había hecho caer en concepción y que daría al mundo un hijo a su imagen y semejanza para expurgarla del pecado de haber nacido. Estaba tan embelesada que no advertía que todas sus hijas y Celina la observaban desde la puerta del recibidor como si fuera un desdichado ser de otro planeta. Para evitar que se enfureciera, Angela les cerró la puerta y las dos quedaron solas.

Angela era una mujer acostumbrada a todo, una alborotadora de esas que hablan fuerte hasta en los entierros. Alguna vez, recién venida de Mendoza, había sido una viuda joven y delgada, ahora era feliz recogiendo perros famélicos de la calle, esos que

nadie quiere porque son de una cruz tan extraña que apenas parecen perros. Angela no tenía ninguna clase de remilgos, si le tocaba estrangular a una serpiente, lo hacía, si le tocaba bañar a un leproso, lo hacía, cuidaba viejos todas las noches, andaba con sus orinas como quien lleva agua bendita, nada le resultaba raro, por eso aceptó con toda naturalidad el hecho de que Alvaro produjera hijos desde la muerte.

Matilde ya no se reía, se aferró a la cabecera de la cama como si tuviera miedo de volarse, apretó los labios, cerró los ojos con tanta violencia que se los podría haber deshecho, un momento después los tenía clavados en los de Angela.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tarda tanto?

—Esté tranquila. Lo que pasa es que ya tiene cuarenta y cinco años y no está para estos trotes.

Matilde se sacudió como un pescado, prendió los dientes al camisón, cerró otra vez los ojos y cuando los abrió la cama estuvo podrida en sangre. Vio entre sus piernas dobladas los ojos resignados de Angela, entonces golpeó la pared con furia:

—Es mentira, es mentira —y cuando se dio cuenta de que Angela no cambiaba de posición, bajó el tono de voz y le dijo:

—Sáquela de acá inmediatamente y dígale a mis hijas que por mí la pueden dejar pudrirse en la basura.

Cuando Angela salió del recibidor con ese animal ensangrentado en los brazos, Lucero que estaba sentada en el sillón junto a sus hermanas se le acercó.

—Nosotras la vamos a criar. —Con una sonrisa triste lo dijo.

Matilde había quedado rígida en el fondo de la cama, tenía al padre y a Alvaro observándola desde la porosa y amarillenta mancha de humedad. Estaba tan avergonzada que se hubiera desintegrado con sólo desearlo, entonces tuvo que pensar en el pasado, tuvo que retroceder en recuerdos porque había llegado al borde de la vida y corría el peligro de caer.

—Mi padre sabe cuándo aparecer —decía en voz baja—, cuando me siente en la piel el olor a miedo se aparece.

El recibidor estaba vacío, también el comedor, las habitaciones en silencio pero nadie dormía. Todo el revuelo estaba en la cocina donde Celina y Angela bañaban al animal ensangrentado en una olla con agua tibia. Lucero no dejaba de mirarlo, adivinaba debajo de ese monstruo a su hermana, a su madre o a su hija. La iban a llamar Azucena como la abuela pero Angela les dijo:

—Yo la vi nacer. No puede llamarse de otra forma que no sea Dolor.

—Dolores —corrigió Aurelia desde el otro extremo de la cocina con la boca llena de pan.

Angela se dio vuelta para mirarla, Aurelia tragó entero.

—Dolor —pronunció Angela señalando exageradamente el singular—, porque dolores hay muchos pero como éste que tiene ahora la señora Matilde no hay otro.

Se llamó Dolor.

Al verano siguiente nacería su séptima hija, Amanda. Para ese tiempo Matilde se había consagrado definitivamente a la cama. El año antes, después del nacimiento de

Dolor, había venido cosechando un odio capaz de apolillarle el corazón. De puro resentida volvió a quedar embarazada aunque con un recelo que la desvelaba noches enteras. Rezó sin detenerse hasta que el aliento de su boca llegó a empañar los vidrios de la ventana que estaba a dos metros de distancia. Después de nacer Amanda, durmió una semana sin interrupción. Supieron que no estaba muerta porque la veían dormir en distintas posiciones, o porque la tapaban y después encontraban la sábana en el suelo. Matilde se había convertido en una máquina de engendrar que terminado cada parto se reactivaba. De las hijas que tuvo después de morir Alvaro, a ninguna le supo el nombre y si las veía no era capaz de reconocerlas. Por aquellos tiempos murió Celina. Dicen que murió por instinto, de saberse ya muy vieja e inservible, de saberse transformada de alguien que carga a alguien que tiene que cargar. Se llevó al pozo atados del cuello como una cola de barrilete, centenares de secretos, cosas que calló por años.

Las únicas personas que Matilde veía a diario eran Lucero, Esperanza e Inés, pero más que a nadie a Lucero. Le recordaba los tiempos en que siempre era verano, en que las ilusiones se tomaban disueltas en un vaso con agua, en el río brillante y profundo, las tardes en que la inmortalidad se había convertido en una epidemia. Lucero, que a pesar de sus veintiocho años conservaba la mirada estéril de Alvaro y esa forma de caminar, de hablar y de sentarse que se disculpaba continuamente. No era fea pero tampoco era hermosa, la inseguridad con que vivía todo el tiempo le había dejado rasgos frugales en la cara. Podría ser poseedora de una fealdad frugal o de una belleza frugal pero no, ella era indefinida, no se sabía bien dónde empezaba y dónde terminaba, había aceptado su herencia de culpa, había empezado a creer que quería a su madre resignándose a cuidarla hasta el día de su muerte. Lucero no tuvo amigos ni enemigos, no discutió con nadie, ni siquiera levantó la voz una vez en la vida, daba a entender que todo estaba en orden tragándose ser una esclava, madre de su madre y de sus hermanas. Cuando llevaba a Matilde la comida a la cama, su culpa era tan grande que se sentaba junto a ella y era capaz de no despegarle los ojos de encima hasta que terminaba de comer. Un día Matilde se irritó y le dijo:

—Querés dejarme de mirar, ya casi me gastaste toda la belleza.

No pasó mucho tiempo hasta que el barrio ya estaba enterado de los partos de Matilde. Nadie pudo descubrir cómo era posible semejante cosa con esa mujer que no había asomado la cara afuera de la casa en años. Veían salir de allí mujercitas con delantal con rumbo a la escuela que nunca habían visto entrar anteriormente, y cuando ya no tuvieron lugar las teorías más estrafalarias se corrió el rumor de que tenía encuentros con el diablo. Por fin se aburrieron de seguir pensando en lo mismo, entonces salieron en busca de otros rumores y dejaron a Matilde sentada en el olvido.

Matilde había envejecido diez años en un mes. Un embarazo tras otro, un parto tras otro le dejaron huellas indelebles en el cuerpo. Se volvió una vieja flácida, un peso muerto, el deterioro le cayó repentino como si fuera el precio por abusar desafortunadamente de las leyes naturales. A los sesenta años seguía produciendo hijas desde la soledad, corazones que venían latiendo desde la nada, nacidas al azar, dejadas a la deriva de la casa y a la caridad de sus hermanas mayores. Además de su aspecto herrumbroso, Matilde conservaba algo incomprensible, demasiado oculto o demasiado notable. Cualquiera al verla podía saber que estaba frente a la mujer que en algún tiempo fue la